

La hoja de aire

▼ La obra de Gutiérrez a escena hoy

Hace ya muchos años conocí a Joaquín Gutiérrez, el gran escritor costarricense ya fallecido, y aunque desde entonces no nos vimos con frecuencia, cuando esto sucedió siempre fue una experiencia interesante

y enriquecedora. Me parece que al abrirsele la puerta de la muerte se le abrió también la puerta de la inmortalidad que dan los buenos libros. Fue Enrique Mora Valverde quien me lo presentó y quien casi siempre estuvo presente en nuestros encuentros. Enrique, magnífico perio-



MARIO
MADRIGAL

distista a quien también se llevó la muerte, no solo fue mi amigo de la infancia y de la adolescencia, sino también mi compañero en la dirección de un periódico que fundé cuando "estudiaba" en el Liceo de Costa Rica. Siempre, a pesar de tener ideologías políticas tan diferentes, fuimos amigos, casi hermanos. Porque, como su primo Manuel Mora, Enrique fue un comunista humano, idealista, sin la menor agresividad, siempre dispuesto a ayudar a sus semejantes de cualquier ideología política.

Recuerdo que una noche, frente a unas cervezas y estando presente Joaquín, le pregunté cuál era su ideología ahora que el comunismo soviético había desaparecido y me respondió: "Mario, ya estoy muy viejo para cambiar. Siempre he sido comunista y lo seré hasta mi muerte". Y Joaquín aprobó esta aseveración, no con palabras, sino con un gesto.

Genio en la conversación. Durante varios años siempre nos encontramos en la gran fiesta anual de la Embajada Soviética (nunca supe por qué me invitaban si mis ideas políticas no coincidían con las de ellos) y ahí hablábamos de literatura y de muchas otras cosas. Siempre me pareció que Joaquín, como Oscar Wilde, era mejor hablando que escribiendo.

Ponía, como dijo un escritor de Wilde, "su talento en los libros y su genio en la conversación". En una de esas ocasiones le dije que admiraba mucho sus traducciones de las obras de Shakespeare y me confesó que casi no sabía hablar en inglés. "Me comunico casi por señas. Yo aprendí inglés cuando trabajé en una agencia de noticias y tenía que traducir todo con un diccionario en la mano. Aprendí el idioma en los libros, no en la calle".

Y otra noche hablamos de sus libros, de sus novelas tan conocidas como *Puerto Limón* o *Murámonos Federico*, de su poesía, del tan popular *Cocorí*, y me dijo: "Todo escritor tiene lo que llaman 'obras menores' y muchos han llamado así a *La hoja de aire*, tal vez por ser tan breve, pero, ya ves, es mi obra preferida".

Por eso me interesé mucho cuando me llamó Alfredo Pato Catania para informarme de que iba a dirigir esta obra adaptada para el teatro, y con mucho placer acepté su invitación para asistir a un ensayo. Se trata de un monólogo con el magnífico actor Luis Fernando Gómez, que me hizo recordar esa joya italiana *La leyenda de 900*, que luego se transformó en una buena película. La adaptación la hizo Alfredo manteniendo el espíritu de la obra original. En la pequeña novela, y en el escenario, se muestra a un aparentemente fracaso, alguien que no se puede adaptar, una especie de "extranjero" como lo vio Albert Camus en su famosa y magnífica obra, pero ¡cuánta pro-

fundidad hay en sus sentimientos, en sus deseos, en sus aspiraciones, en su vida!

Lírica y humana. "Siempre —me dijo Pato— he sido admirador de Joaquín Gutiérrez como escritor, como artista y, sobre todo, como ser humano. Él me enseñó a conocer y amar a Costa Rica. Trabajamos juntos en varias obras, sobre todo en la adaptación de Puerto Limón. Y *La hoja de aire* me atrajo siempre. Es lírica, es poética y es, sobre todo, muy humana. Doña Graciela Moreno estuvo siempre de acuerdo en que la mon-

táramos, y tratamos de hacerlo cuando el autor estaba vivo, pero, desgraciadamente, esto no fue posible. Me parece que el personaje es la antítesis de Joaquín, pero, al mismo tiempo, aunque parece una incongruencia, es un espejo de él. Esta es la décima obra nacional que dirijo y espero seguirlo haciendo

ya que es muy importante que el público conozca y aprecie la dramaturgia costarricense".

También hablé con Luis Fernando Gómez, quien se mostró muy satisfecho con el montaje: "Me gusta mucho hacer teatro costarricense y me parece que en este caso se hizo la transformación teatral sin traicionar su esencia literaria. He tratado de olvidarme de mí para entrar en un personaje tan complejo y tan profundo en sus sentimientos. *Pato* y yo somos obsesivos en nuestra búsqueda de calidad. Espero que en esta presentación lo hayamos logrado".

Así lo espero también, pero esto no lo sabremos hasta esta noche cuando se estrene, en el teatro Vargas Calvo, esta importante obra nacional.

